

El país de los pendejos

UNA ENTREVISTA CON JUAN CARLOS UBILLUZ POR JERÓNIMO PIMENTEL

El intelectual peruano Juan Carlos Ubilluz ha publicado Nuevos súbditos. Cinismo y perversión en la sociedad contemporánea (IEP, 2006), una lectura de los resortes más íntimos de la peruanidad desde el psicoanálisis de Lacan. Así pasa revista a las performances políticas de Vladimiro Montesinos y Alberto Fujimori, las más recientes novelas de Mario Vargas Llosa, así como el popular baile del perreo con el fin de revelar cómo liberalismo, capitalismo y mercado se han interiorizado en la mentalidad del peruano tipo, renovando una actitud cínica cuya raigambre tiene larga data en estas tierras.

Un *Nuevos súbditos* aseguras que la pendejada funcionaba como una fantasía sobre la que se sostenía el apoyo de la población a la «democracia con mano dura» de Fujimori. Y dices también que Fujimori nos hace partícipes de eso a través de su sonrisa cachosa, un guiño al ciudadano en el que le dice: «estamos todos bajo la misma fantasía de la pendejada».

La fantasía no es una quimera o una ilusión personal, sino más bien algo intersubjetivo. La fantasía o el fantasma —si se quiere usar un lenguaje psicoanalítico duro— implica una existencia imaginaria dentro de lo social. En cierto modo, todos somos partícipes de algunas fantasías que son parte de la sociedad. En el caso de Fujimori la idea era básicamente que la pendejada es una virtud en el Perú, pero una virtud que no se puede explicitar, no se puede decir de manera abierta. Hay dos maneras de definir la pertenencia a un grupo: una manera es a través de los ideales que compartimos (la nación, la honestidad, ideales que apelan al candor), pero la enseñanza de Lacan es que la pertenencia al grupo es más que todo una transgresión implícita, una manera de transgredir las cosas. En ciertos grupos de clase alta el decir cosas racistas es lo que da cierta pertenencia. O cuando uno está entre hombres, el decir cosas sobre las partes sexuales de las mujeres es lo que define la pertenencia al grupo. No basta con que venga un gringo y diga «yo soy peruano». Fujimori tenía este guiño que nos hacía partícipes de que él no era simplemente un tecnócrata, de que no era la gente que iba a llevar a cabo la liberalización del país, sino de que era más un pendejo como casi todos nosotros.

¿El gran pendejo que todos quisiéramos ser?

Creo que ese era Montesinos. En cierto modo Fujimori podía mantenerse en los dos discursos, en el formal y también podía sugerir por debajo. Era una sonrisa bastante sugerente que él usaba muy a menudo, y no se trata simplemente de que nosotros hayamos podido percibir ese guiño, sino de que él era consciente de su pendejada, era consciente de que mentía. Por supuesto todo esto a un nivel fantasmático. Hay argumentos que están sobre la mesa, y otros que están debajo de la mesa. Los fantasmáticos son aquellos que no podemos ver ni escuchar pero que de algún modo sentimos.

Afirmas que Montesinos no era una persona libre que ejercía, digamos, su albedrío transgresor, sino que se termina debiendo, dentro de su estructura perversa, al imperativo que le da su padre antes de morir: «No seas pobre».

Hay una diferencia entre el pendejo común y corriente y el perverso. El perverso es el que lleva la ética de la pendejada a su propia destrucción. Un chofer de combi puede cometer pequeñas transgresiones, no piensa en eso, llega a su casa, se toma su chela y ve TV. No se está sacrificando en nombre de una ética de la perversión. Mientras que cuando se lleva la pendejada a una estructura clínica básicamente perversa, lo que hay es un imperativo que va más allá del placer. Hay que hacer una diferencia entre el placer y el goce. Una cosa es el placer que uno siente en el acto sexual, y el goce es una categoría psicoanalítica que implica que hay cierto placer en el dolor. En el psicoanálisis lo que se piensa es que el buen goce es el goce sexual, porque es cuando el goce se puede transformar en placer. Hasta cierto punto el goce es algo que está en todas partes y no se puede dejar atrás. Sostiene todas las estructuras, ya sean formales o no. Por ejemplo, el asceta cristiano que se tortura con un látigo para no gozar sexualmente, va a gozar en el sufrimiento. En el caso de Montesinos es lo mismo. El imperativo paterno «no seas pobre» era en cierta forma el látigo, la estructura de la cual él gozaba. Es básicamente la estructura del Superyó.

Por eso él termina haciendo los vlavideos, porque eterniza su goce.

Sí. Eso tiene que ver más con la estructura sádica. En el Marqués de Sade hay este deseo de que la víctima no acabe de morir, de que muera para siempre. Es básicamente la ilusión del cristiano con

relación a quien va al infierno, que esa víctima sufra para siempre. En Montesinos había eso de poder repetirlo ad infinitum. Porque la repetición es un rasgo muy conocido del perverso.

¿Cómo los lapsus o deslices de Montesinos —lo que llevó a Sally Bowen a llamarlo «el espía imperfecto»— terminan por revelar su afán incontenente de seguir consiguiendo poder y dinero, su sujeción a una ética de la transgresión?

La evaluación lacaniana pasa por la escritura. Lo que postula esta teoría es que a través de los símbolos, de los significantes, de las palabras, hay ciertas estructuras que se pueden observar y que van más allá de lo fenomenológico. Se trata de ver las estructuras simbólicas que están allí a pesar de que uno pueda separarse de ellas o no las vea bien. Palabras que marcan a un sujeto. En el caso de Montesinos, sus deslices dicen algo. Los vladivideos son escritura, afirmaciones que tiene para el público. Sin quererlo era como un legado para la historia. Quizá como Nixon, quien tenía estas grabaciones que pudo haber destruido pero nunca lo hizo. Hay algo inconsciente, un «querer decir». La metáfora que utilizo es cuando uno le saca la vuelta a una mujer: uno busca un cómplice, alguien a quien contarle; si no lo encuentra, la infidelidad no está completa.

Postulas que en cierta forma todos estamos envueltos en una suerte de cinismo. La fórmula es: un pacto entre el Ello (oligárquico, tradicional) con el Superyó (individualista) para pasarse por alto el Yo (racional). Eso termina haciendo al sujeto criollo un cínico.

Sí. Lo que he tratado es de demostrar que este cinismo no es solo un rasgo del sujeto criollo. En el estudio de Portocarrero que analizo se hace una relación entre el cinismo del criollo y la tradición de la transgresión. Desde la época de los virreyes se transgredían las ordenanzas del rey, después no se constituye la modernidad, se perpetúa una conducta transgresora, y además cae la religión. Entonces, en cierto modo la pendejada o el cinismo de hoy sería el resultado básicamente de nuestra tradición. Lo que he querido decir acá es que no es solamente la tradición, sino el empuje al goce del capitalismo tardío. Todo lo que antes era sagrado se vuelve profano, como decía Marx; todo aquello que era colectivo o podía crear un lazo comunitario se disuelve en nombre del placer de vivir.

No existe la moral colectiva.

La moral colectiva se va reduciendo. Hay terreno fértil en el Perú, pero el cinismo se acrecienta más bien por tendencias globales, por la expansión de la globalización capitalista.

Lo que llamas el capitalismo tardío.

La diferencia es que en el capitalismo clásico todavía se mantiene cierta moral paterna. Por ejemplo, esas familias burguesas en las que el padre era abogado y quería que el hijo también lo fuera para seguir la tradición.

Para ser sintéticos, el cinismo se refunda en el Perú a partir de la globalización.

Por eso era tan importante incluir a Montesinos y Fujimori en ese libro, porque son los abanderados de la globalización en el Perú. Este cinismo no es una cosa folclórica, no es anecdótica de la peruanidad, sino que parte de todo un proceso de ingreso al orden global.

Yendo al tema del perreo, lo defines como una mercancía útil en la época del «sexo sin sexo» porque cumple el imperativo del goce sin tener, por ejemplo, los riesgos de la salubridad. ¿Pero no es todo baile simulación del coito? Y más allá, ¿qué tan cierto es eso en un país en el que 13 por ciento de los embarazos son adolescentes?

No hay manera de que yo sepa si tienen o no sexo después de bailar perreo; imagino que muchos lo hacen. El cambio quizá pasa porque el baile suele aludir al sexo como metáfora, pero en este caso alude al sexo de manera literal. Cuando fui a la Calle 8 había una persona que ordenaba «presear» (presionar los genitales con el otro). Y había ciertos estereotipos sexuales que este anfitrión o anunciador decía: los chicos quieren ser Van Damme, las chicas striptiseras. Había categorías mucho más fijas.

El «cangri» y la «mamita-rica».

No es que en nuestra época el sexo sea libre y la gente ya no le tenga miedo al sexo. Le tiene tanto miedo como antes. Y el perreo puede funcionar como flirteo, como coqueteo, en cuyo caso puede haber una etapa posterior. Lo que quería ver más bien es cómo en ciertos casos el perreo funciona como una manera de obedecer el imperativo al goce. Estar obligado a gozar, a tener sexo cuando uno no le perdió el miedo al sexo. Me parece que es una manera de lidiar con este temor a través de un baile que ya está programado para poder enfrentar a esa otredad. Sobre todo, la literalidad es importante, porque es como decirle a este «amo perverso» que te comanda al goce: «ya lo hice, no fastidies». La salubridad no me importa tanto en el sentido clínico, del contagio —aunque también hay esa paranoia con el sida—, sino tiene que ver más bien con el riesgo emocional. Si algo se termina perdiendo con el capitalismo es

el sexo como algo real. Lo real sería más bien una experiencia singular en la que yo hago algo con la otredad. Pero en el sistema capitalista a lo que uno le termina teniendo miedo es a esta otredad. Por eso lo que yo quisiera es que la otredad pueda ser planificada de cierta manera, y por eso comparo al sexo con experiencias como el cybersexo, donde uno puede controlar la otredad.

Esto permite enlazar con Vargas Llosa. El sexo durante comienzos del siglo pasado fue visto como un espacio de subversión. Pero en *Elogio a la madrastra* y *Los cuadernos de don Rigoberto* el sexo termina siendo el paliativo que permite la vida burguesa diurna.

Por ejemplo, Vargas Llosa ha escrito mucho sobre Bataille. En el caso de Bataille el sexo es una experiencia de lo sagrado, donde uno toca algo real en sí mismo y en el otro, y que lleva a una reconfirmación no solo de mis tabúes sexuales sino de mi inserción en la sociedad. Mi inserción en la sociedad puede cambiar a través del sexo. Vargas Llosa hace una división maniquea entre lo que es lo público y lo privado. Es el sueño liberal: compartimentalizar la esfera del goce, del placer, dentro de lo privado. Es por eso que el sexo no se sale de la casa de don Rigoberto, sino que se queda ahí. Cuando compartimentalizas el sexo de esa manera, el sexo se vuelve un *hobby*. En cierto modo eso responde a algo más amplio en la obra de Vargas Llosa. Lo que él ha pretendido hacer desde los años noventa hasta ahora es pasar de la utopía social a la utopía privada. Por ejemplo, en *Historia de Mayta* o *La guerra del fin del mundo* se critican utopías colectivas, la religión, el marxismo; en *Los cuadernos de don Rigoberto* cualquier discurso colectivo acaba siendo desautorizado. Lo que él preferiría es que efectivamente hubiese una profanización de la esfera pública y que lo sagrado se restringiera al espacio de lo privado, pero cuando pones lo sagrado en el espacio de lo privado ya no es sagrado, simplemente acaba siendo un *hobby*.

En el epílogo de *Nuevos súbditos* afirmas que al reglar la vida íntima de las personas, el mercado, el capitalismo tardío y el individualismo terminan conformando un totalitarismo con el que hubieran soñado Mao, Hitler o Stalin. ¿No es un exceso, una licencia teórica o léxica?

Si uno entiende el totalitarismo como el Estado que abarca a la sociedad y obliga a los ciudadanos a actuar de cierta manera, con comités vecinales o una presencia televisiva tipo *1984*, no se puede hablar en ese sentido. Más bien en este caso sería un totalitarismo que pasa por la interiorización de ciertas normas sociales. El imperativo al goce está metido en nosotros, de esa manera no es necesario un agente exterior. Desde que tengo una diferenciación entre lo público y lo privado, nuestras opciones están limitadas de antemano. Por otra parte, en ninguna época ha habido tanta representación de lo que es el goce y el placer. Una de las diferencias del capitalismo tardío y el clásico es una mayor capacidad para producir una diversidad de mercancías. En el capitalismo clásico el promedio de vida de un producto era de cinco a siete años. Ahora es de dieciocho meses como máximo. Actualmente hay capitalismo a la carta, donde sin imponer las cosas, sino como una sugerencia, se representa lo que es el goce para todos los ciudadanos.

Pero dices que es una limitación porque el sujeto termina deseando solo lo que el mercado le ofrece.

Lo que la sobreoferta trata de limitar es que todas las posibilidades que tú tengas para gozar puedan ser interpretadas por el mercado. Obviamente no van a ser suficientes, no van a poder representar lo que hay de real o singular en ti, pero siempre permanece la ilusión de que hay otra mercancía que va a poder colmar tu goce. Hay esa eterna búsqueda por el goce que pasa a través de la mercancía, y esa gran oferta hace que uno pueda mantener la ilusión de que el goce puede estar a la vuelta de la esquina. Eso, en una sociedad como la peruana, donde uno no tiene acceso a los bienes de consumo como en el primer mundo, hace que la cosa no funcione tan bien.

Hay una sentencia en el libro: «los desengañados yerran». Es decir, no basta con ser intelectualmente crítico frente a lo que está pasando si al actuar eres parte del sistema.

Esa es la pregunta de los mil millones, ¿de qué manera se puede salir de los esquemas del capitalismo tardío? Hay muchos autores, como Braudillard, que piensan que no se puede escapar de esto, que es *game over*, se acabó, que la sociedad va a explotar o implosionar. Zizek o Badiou tratan, de manera implícita, de re canalizar la libido de la religión a lo político para tratar de hacer un catolicismo ateo. Es otra respuesta, pero no hay en ellos un elemento programático que exceda el diagnóstico. No ha nacido el Marx. Por eso hubo una gran expectativa con *Imperio* (Hardt y Negri), donde hay propuestas interesantes como la ciudadanía global. Si hay movimiento de mercancías, de capital, ¿por qué no puede haber de fuerza laboral? Ahí hay, por ejemplo, tres opciones entre las cuales yo no sabría escoger.

